

## PASEANDO POR EL CENTRO: EXPERIENCIA DE MOVILIDAD COTIDIANA POR LOS PASEOS Y GALERÍAS DEL CENTRO DE SANTIAGO

*Paola Jirón | Inés Figueroa*

UNA DE LAS FORMAS MÁS ENRIQUECEDORAS de comprender la espacialidad contemporánea surge a partir de la manera en que nos movemos por la ciudad; de manera constante, cotidiana y habituada. Esta forma de observar el espacio, además de dar cuenta de los múltiples objetos, materialidades y conformaciones espaciales que existen en la ciudad, refleja cómo habitamos esos objetos, materialidades y conformaciones espaciales, y cómo estos toman vida a partir de la manera en que los habitamos, principalmente a partir de nuestra experiencia de movilidad.

Este trabajo presenta tres ideas básicas respecto a cómo la movilidad puede aportar a los estudios urbanos, enriqueciéndolos para comprender mejor la forma en que se habita la ciudad. La primera tiene relación con el giro de la movilidad, la segunda con la vida cotidiana y la tercera con la experiencia de moverse cotidianamente por la ciudad.

A partir de un relato etnográfico de una experiencia específica de moverse por el centro de Santiago<sup>1</sup>, observando sus calles, paseos y galerías, sus tiendas, bancos y peatones, el presente trabajo intenta explicar cómo por medio de tres ideas teóricas básicas es posible ampliar ciertas nociones del campo urbano desde la movilidad. Específicamente se amplían las nociones de tiempo espacio, los procesos de lugarización en movimiento y la posibilidad de que

---

<sup>1</sup> Proyecto FONDECYT N° 1090198 *Movilidad cotidiana urbana y exclusión social en Santiago de Chile* [www.santiagosemueve.com](http://www.santiagosemueve.com)

las intervenciones urbanas recojan algunas ideas de la experiencia de habitar para ser mejor implementadas.

#### LA EXPERIENCIA DE LA MOVILIDAD COTIDIANA URBANA

La movilidad cotidiana urbana se refiere a las formas en que moverse por la ciudad impactan la vida cotidiana y la forma en que las personas se relacionan social, económica, cultural y políticamente con este movimiento. Esto involucra analizar más que los tipos y formas de transporte, sino que también implica explorar las prácticas de movilidad, las rutinas o trayectos, las experiencias que generan y las consecuencias o significados de dichos viajes (Jirón 2010). El movimiento de las personas a través del espacio otorga claves esenciales para comprender las formas de ser y estar de hombres y mujeres en la ciudad, dando a conocer las formas en que el tiempo y espacio son negociados, coordinados y enfrentados. En síntesis, espacios habitados por los viajeros, poniendo en el centro de la mirada a la manera en que el habitante vive estos espacios. Por medio de las prácticas cotidianas de los viajeros, se puede detectar el significado que estos les dan a los lugares y observar cómo las diferencias sociales pueden reflejarse en cada una de estas prácticas. Esta reflexión en torno a la movilidad cotidiana es parte de una discusión más amplia sobre el giro de la movilidad en las ciencias sociales y en los estudios de transporte (Cresswell 2010; Sheller & Urry 2006; Urry 2007).

Tradicionalmente, los estudios de transporte analizan solo un tramo de esta experiencia (por ejemplo, el viaje en metro o solo el viaje en autobús, o solo las caminatas). Lo mismo sucede con los estudios urbanos (solo los paraderos o las áreas de transbordo). Este tipo de análisis fragmenta e ignora la forma en que las personas llegan, unen y enfrentan dichos tramos y lo que sucede previamente mientras esperan en paraderos, cruzan la calle, esquivan a peatones apurados, sortean las veredas deterioradas, o evitan las escaleras difíciles para acceder al metro. También ignora qué sucede después (largos viajes para llegar al destino, trasbordos incómodos, conexiones que no suceden, calles sin iluminaciones, calles desiertas, bancos

rotos o sucios). Esta rutina se encuentra empapada por la experiencia corporal de moverse (los olores, toques, vistas, sonidos, emociones), por la espacialidad que enfrentan los cuerpos (materialidad, formas, localización, etc.), por los otros que se encuentran en el viaje (personas, grupos, objetos), por los significados del viaje o de las etapas del viaje y finalmente, por las estrategias que las personas emplean para sobrellevar estos viajes.

La movilidad cotidiana da cuenta de las múltiples actividades, relaciones y lugares a los que acceden las personas diariamente para poder desarrollar sus vidas. En sí misma, la movilidad no puede calificarse como positiva o negativa. Moverse más o menos no es en sí bueno ni malo, y su evaluación depende de las consecuencias e impactos que tenga en la vida de las personas. Para algunos, la hipermovilidad permite acceder a múltiples oportunidades, otorgando acceso a automóviles, autopistas, estacionamientos, aeropuertos, personas, actividades etc., mientras que para otros resulta inmovilizadora y los mantiene en enclaves rígidos, donde existe poca posibilidad de ampliar los horizontes de vida (Jirón, 2010). Existen pocas situaciones en que las personas permanecen completamente inmóviles. Aún en escalas reducidas en tiempos específicos, la movilidad es siempre relativa. Lo que sí es efectivo es que la movilidad es siempre negociada, y muchas veces para que algunos se puedan mover, otros tiene que permanecer relativamente inmóviles.

La relevancia de las experiencias cotidianas de habitar en los procesos de desarrollo urbano puede verse desde cuatro puntos de vista teóricos. Primero para Giannini (1987), la experiencia cotidiana se reconoce como el modo primario y más propio por el que los sujetos viven y experimentan su vida. Para Giannini hablar de lo cotidiano es hablar de la sociabilidad básica de los individuos, familias o grupos de personas, expresado en sus conductas inmediatas y actividades que realizan de manera diaria, las que están inmersas en estructuras sociales constituidas a largo plazo. Asimismo, la experiencia cotidiana refiere al modo en que las personas se vinculan con los lugares donde viven, trabajan, consumen, se relajan, se relacionan con otros, forjan identidades, enfrentan o desafían la rutina, desarrollan hábitos y establecen códigos de conducta. Un

segundo aspecto relevante de abordar en la experiencia cotidiana es su capacidad para visibilizar lo invisible. Según Lefebvre (1991), la vida cotidiana no constituye simplemente una imposición social, sino más bien es la articulación de todas nuestras relaciones sociales desplegadas en las actividades diarias y las transacciones asociadas a estas (Burkitt, 2004). En el caso de los centros urbanos, Lefebvre destaca la importancia de atender a las prácticas sociales, aunque estas parezcan insignificantes, pues es justamente a partir de la movilidad diaria, de residir en un barrio o del uso de espacios públicos, que se produce la experiencia de habitar. Un tercer aspecto relevante lo plantea Certeau (1986), a partir del análisis de la relación entre estrategias y tácticas que resulta más complementaria que contrapuesta. En tal sentido, la investigación de las experiencias de vida cotidiana permite explorar e identificar la diversidad y las diferencias en la forma de experimentar los espacios urbanos según condiciones de clase, género, edad, etnicidad, sexualidad, etc., visibilizando los conflictos sociales presentes en ellos y develando relaciones de poder que se desarrollan en términos de luchas, transformaciones y resistencias (Highmore 2002, 2002b; Massey 1994, 1995, 2005, 2007; McDowell 1999). Finalmente, un cuarto aspecto relevante de abordar en las experiencias de vida cotidiana es su capacidad para explorar las distintas esferas y escalas territoriales según la concepción de experiencia espacial/territorial de Ingold (2007). Este enfoque cuestiona las concepciones estáticas del espacio urbano y las ideas de fijación y permanencia, ya que las experiencias móviles son fluidas, escalares y procesuales, y requieren, por tanto, ser vistas en toda su complejidad (Jirón et al., 2010).

En base a lo anterior, la combinación de movilidad con vida cotidiana otorga la posibilidad de comprender las trayectorias diarias de los habitantes urbanos. Observar la espacialidad desde la movilidad cotidiana permite develar cómo las personas zurcen, entrelazan o tejen la ciudad por medio de sus desplazamientos físicos. Esto implica observar la experiencia urbana de manera integral y no en fragmentos ya que las personas viven sus trayectos de manera completa, conforman mediante sus trayectorias cotidianas su

espacialidad, y es a través de ella que se develan los beneficios y las dificultades de la ciudad.

Las prácticas móviles involucran múltiples actividades, estrategias, coordinaciones y espacialidades requeridas para llevar a cabo la vida diaria, las que en la actualidad tienen presente una exigencia de ubicuidad para algunos. Para otros, este desplazamiento es lento y placentero y algunos lo aprovechan como una instancia de goce en sus vidas. La experiencia de dichas prácticas varía y tiene múltiples implicancias: acercarse a esta experiencia requiere nuevas formas de comprensión de lo que sucede y cómo sucede. Cabe resaltar que la experiencia de movilidad tiene implicancias en la vida de las personas que no son homogéneas. Estas experiencias urbanas se viven de manera diferenciada por hombres, mujeres, niñas y niños, lo que hace que la práctica de habitar la ciudad sea distinta y tenga diversas implicancias, así como las posibles recomendaciones políticas para superar las diferencias. Existen en la movilidad formas diferenciadas de experimentar la ciudad que surgen, entre otras cosas, por las diferencias de género que se cruzan con diferencias de edad, ciclo de vida, etnia, ingreso, habilidad, entre otras. Estas diferencias tienen consecuencias en la vida cotidiana y la calidad de vida urbana.

A continuación, se presenta el trayecto cotidiano por el centro de Santiago de Marta. El relato proviene de un estudio etnográfico de la experiencia de moverse por la ciudad de Santiago, donde las personas fueron «sombreadas» en sus recorridos diarios (Jirón, 2012).

#### MARTA AMPLÍA SU HABITAR

Marta tiene noventa años y vive en un departamento en Santiago Centro cerca del metro Santa Lucía, en el piso catorce de un edificio nuevo de veinte pisos, con ascensor y conserje las veinticuatro horas. Dice que su departamento es muy grande para ella, ya que cuenta con dos baños, dos piezas, cocina, living comedor amplio y un balcón. El balcón permite ampliar el panorama de un Santiago centro que poco a poco se va poblando de edificios de similares características al suyo, pero también de otros antiguos; resabios de un Santiago que se va apagando frente al avance de modernas construcciones. Es en uno de

ellos que residió hasta hace dos años como propietaria, pero ahora arrienda debido a la presión de sus hijos por vivir en un edificio con ascensor y conserje tanto por su edad como por los problemas a la rodilla que tiene. Su edad ha limitado un poco sus actividades, pero aún se siente autovalente.

Cuenta que una de las ventajas de vivir en el centro es que le permite salir de su casa y ampliar su vivienda, su hábitat residencial. Cuenta que en el centro: «hay de todo (...) tengo todo cerca, no tengo que andar lejos así para ir a comprar cualquier cosa». Sale a dar vueltas por el centro, a comprar cosas mientras pasea, a «los boliches» y a veces a caminar por placer. Sus horarios de salida son entre 10:30 y 12:00 am, cuando hay menos gente y menos calor. Sale perfectamente maquillada, con su cabello rubio abombado y puesto en su lugar con productos capilares que adquiere en el centro. Sale preparada, lleva su cartera en el hombro izquierdo con su chauchera, pañuelos y un papelito con sus datos por si se cae. De sus documentos, solo lleva el carnet: «tengo miedo de perder las cosas», dice.

Sale de su edificio con calma, cuidadosa de no caerse y tratando de caminar por las aceras con sombra: «me voy por aquí (San Isidro) y atravieso Santa Rosa, salgo frente a Mc Iver y entonces sigo por Alameda hasta Estado». En el camino, va mostrando algunos de los locales que pueblan su barrio; una librería «¡estupenda!», un café donde a veces compra pastelitos, un almacén y una perfumería a la que no va pues no tienen lo que ella busca: una laca especial que solo encuentra en la Farmacia Ahumada y en Pre-Unic.

Conoce todo el sector. Lo camina, lo recorre, lo narra. Vive hace mucho tiempo acá. Ha cambiado tanto, dice. «Yo he vivido acá toda mi vida, es que a mi marido le gustaba acá». A ella, al contrario de lo que pudiera pensarse de la gente de su edad, no le molesta el cambio que ha vivido Santiago Centro; desde la proliferación de negocios nuevos hasta el que estén «echando abajo todo lo que es viejo y haciendo todo puras torres». Incluso, dice que al centro le hace falta algo así como un Jumbo.

Hoy tiene que pagar cuentas y retirar sus remedios. Le gusta pagar las cuentas sola, pero casi siempre una de sus hijas la acompaña. Pagar las cuentas es fácil, dice. «Aquí en el centro es mucho más

fácil pagarlas, todo cerca. Falabella, París, los teléfonos, pero según Jaime, mi hijo, no. Así es que ella me paga las cuentas... no puedo hacer mis cosas como yo quiero». Entra a la farmacia Cruz Verde, hay poca gente atendiendo, espera y compra uno de los remedios que necesita. A veces, cuando no encuentra lo que busca, va hasta la Cruz Verde de Estado con Alameda: los remedios en Cruz Verde, el embellecimiento en Ahumada; una especie de «ruta de la farmacia».

La seguridad con que se ubica en el sector centro de la capital se contrapone a la de su paso que a veces, no siempre, se vuelve vacilante. Su paso flaquea al bajar las calles, subir desniveles; todo lo que implique algo parecido a una escalerilla. Al otro lado de la Alameda, menciona la farmacia Doctor Ahorro: «es más barata, una vez fui», recuerda. Exclama: «¡esos son los París!», su segunda parada. Baja las escaleras con temor.

En Estado, la calle parece recién estar despertando. Hay pocos peatones en relación a los que hay en este mismo paseo en horas de la tarde. Algunos van caminando, otros vendiendo diversos artículos, y otros sentados en los bancos dispuestos en el lugar. «No me molesta la gente, total una va caminando tranquila. Claro que cuando hay boche en la calle da susto, andan con palos, con banderas... entonces yo no salgo». Observa el paseo mientras comenta: «está bonita esta calle porque tiene los árboles. Es lindo. Verde». Pasa fuera de una chocolatería. Tiene regalos buenos, dice. También habla de la Galería del Rey. A veces pasa, pero no siempre. Dice que tiene «mucho olor» a cera de depilar. A veces pasa a una de estas peluquerías a peinarse, hace años que se peina aquí, pero su peluquera de siempre ya no es la misma. En Estado con Bandera comenta que venía al banco por esta zona, pero ahora prefiere el que le queda cerca de la casa. Cuenta que por acá vienen fotógrafos a retratar «lo antiguo».

Habla de un contador que atiende en Matías Cousiño. Al llegar a Agustinas dice que «por toda la esquina hay carabineros, aun así roban». Cruza Agustinas, luego de esperar la luz verde peatonal y entra a la Farmacia Cruz Verde. No encuentra lo que busca. «Voy a la Ahumada. Es más caro pero no importa». Le gusta esta farmacia porque «tiene de todo», hasta para comer. «A la Ahumada voy a comprar laca. Voy porque tienen cremas buenas. Mira, tiene todo lo

que uno busca ahí». Compra algunas cosas y echa la pasta en otra bolsa para no llevar tantos paquetes. Se detiene un minuto, muestra unos banquitos y dice respecto a los días que viene sola: «si me canso me siento en estos banquitos y después sigo el viaje».

Cuenta que a veces va a la Galería Imperio, le gusta su patio de comidas o también va a la Galería España. Las recorre no necesariamente buscando algo que comprar, pero sí para a veces cruzar el centro, o a veces para vitrinear. A la hora en que ella recorre, hay poca gente, lo que vuelve agradable mirar lo que venden. A veces revisa la ropa, las joyas y las miles de cosas que allí venden. «A veces voy hasta el Mercado Central, son como veinte cuadras. Voy allá, pero claro, me voy despacio. Como hay asientos por Ahumada si me canso, porque siempre ando comprando cosas, cosas para la casa, nunca falta que comprar entonces ando con paquetes. Del mercado también traigo queso fresco, traigo alguna cosa de allá, entonces me pesa y bueno si encuentro un asiento en la calle me siento un rato, después sigo caminando y llego lo más bien de vuelta, pero me canso sí un poco, a veces me da susto... ando trayendo la dirección ahí en la cartera».

Caminando por Estado, se detiene a mirar la vitrina de Hush Puppies: «acá hay de todo... zapatos, lo que tú quieras...» dice, mientras avanza entre la gente. Hace calor y ella va buscando la sombra ya que no le gusta el sol; en parte por las manchas, en parte porque la cansa más. Hay teléfonos por todos lados y también un baño que señala. Cuenta que «por dentro está lleno de pasajes. Tienen un olor raro, debe venir de abajo, de las cocinerías».

En Moneda con Estado entra al supermercado: «antes era La Bandera Azul... desde hace más de sesenta años, toda mi vida he comprado ahí. Ahora lo compró Unimarc y está muy surtido, inmenso. Compró té, aceite, papel higiénico, huevos... Nunca nadie ayuda» dice. Levanta un melón, pero dice que es muy pesado para llevarlo.

Toma Alameda hacia el oriente y agarra con fuerza sus cosas. «Toda la gente tiene miedo, a la gente le roban las carteras (...) Cuando voy a comprar a la farmacia me dicen: “cuidado señora con la cartera”, porque fíjate que a varias personas le han robado la cartera, no sé qué manos de seda tienen para robar...». El tema de la seguridad es importante para ella; le han robado varias veces.



Pasa por la calle Tenderini y explica: «ahí están todos los repuestos y en un pasaje por ahí están también los chaperos, hasta trabajan para los bancos». Frente a zapatos Beba continúa su tour céntrico: «ahí venden zapatos baratos».

En Santa Rosa muestra una reparadora de calzados «súper buena», y cuenta que por el sector hay carnicería y verdulería. El trayecto es agradable, va contando recuerdos y se deleita con unas flores que vio en el camino. Sus tacos sortean el mal estado de la vereda, el que muchas veces se vuelve peligroso pues «a veces uno va caminando por la calle y hay unas baldositas que están un poco levantadas, ¿te has fijado? Y uno con la punta del zapato ¡justo se tropieza!».

El trayecto por los distintos lugares que visitó la ha dejado llena de paquetes. A las 12:30 hrs. llega a su casa. Abre la puerta e ingresa rauda a su edificio. Dice: «no me cansé nada... no me duelen los pies». Se le ve feliz mientras sigue su camino hasta el ascensor.

## CONCLUSIONES

A partir de la experiencia cotidiana de habitar el centro de Santiago como Marta, específicamente desde la movilidad, se pueden revelar a lo menos tres elementos importantes para comprender el espacio urbano contemporáneo.

El primero tiene relación con la forma en que a partir de la movilidad se amplía la experiencia cotidiana de habitar. No solo es posible observar a los otros transeúntes, sino que también, a partir de la movilidad propia, se expanden los espacios vividos. Para Marta, la posibilidad de salir sola de su casa le otorga la oportunidad de ampliar los límites de su habitar hacia un espacio conocido, familiar y agradable.

El segundo elemento es que a partir de la experiencia, se revela la indivisible relación entre el tiempo y el espacio. Al observar la temporalidad de la experiencia cotidiana, se percibe que las personas no permanecen todo el día en un solo espacio, y muchos menos solo en su vivienda. Se observa que la vida cotidiana de las personas sucede en varias partes, y al comprender que el tiempo y el espacio son indivisibles; y que comprender uno sin el otro deja al otro

incompleto, es que se hace importante incorporar la experiencia cotidiana de moverse por la ciudad, ya que muchas de nuestras vidas suceden de manera dinámica en movimiento y varían a lo largo del día, la semana, el mes, los ciclos y ritmos del año.

En tercer lugar está la posibilidad de que lugarizar el espacio en movimiento (Jirón et al 2016) comienza a ser relevante, ya que esta espacialidad amplía a aquella restringida a la casa o edificio. Marta apropia y significa de acuerdo a sus posibilidades de moverse. Son años viviendo en el centro, lo que hace que ella se encante y amplíe su espacio de vida. Esto es importante por los procesos de significación y lugarización de la ciudad, las cuales no solo se refieren a la vivienda o barrio, sino que desde una mirada de la movilidad, se expanden a espacios cotidianos como pueden ser las calles, los bancos, las rutas, etc. La relación teórica entre movilidad, vida cotidiana y experiencia permiten dar cuenta de lo expandible, temporal y lugarizable que es el espacio urbano de hoy. Estas relaciones pueden ser de gran relevancia al momento de pensar en intervenciones en el territorio, lo que implica repensar formas de intervenir el espacio a partir de lo que las personas viven de manera cotidiana, y también buscando nuevas formas de comprender aquello que sucede en el territorio que para muchos hoy en día es invisible, ya que solo se interviene a partir de datos macro o tendencias mundiales que pueden estar de moda pero que poco tienen que ver con la forma cotidiana en que se habitan los espacios hoy.

La relación entre movilidad, vida cotidiana y experiencia de habitar pone al habitante en el centro de la intervención territorial. Esto implica reconocer los modos de habitar diversos espacios por un lado, y por otro, un compromiso importante por parte de los profesionales que trabajan en las intervenciones urbanas, ya que se requiere obligatoriamente de un trabajo interdisciplinario. Este doble desafío exige metodologías para comprender los modos de habitar y la forma de traducirlos en intervenciones. También implica comprender al habitante incorporado y situado en su contexto social, cultural y físico, y sobre todo comprender a los habitantes como co-creadores de su territorio y su habitar.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burkitt, I. (2004). The Time and Space of Everyday Life. *Cultural Studies* 18(2/3).
- Cresswell, T. (2010). Mobilities I: Catching up. *Progress in Human Geography* 35 (4).
- De Certeau, M. (1986). *The Practice of Everyday Life*. London, University of California Press.
- Giannini, H. (1987). *La reflexión Cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Highmore, B. (2002). *Everyday Life and Cultural Theory. An Introduction*. London, Routledge.
- Ingold, T. (2007). *Lines a brief history*. Routledge: London
- Jirón, P. (2010). Repetition and Difference: Rhythms and Mobile Place-making in Santiago de Chile. En: Edensor, T., ed. *Geographies of Rhythm: Nature, Place, Mobilities and bodies*. Ashgate Publishing Limited.
- Jirón, P. (2012). Transformándome en la «Sombra». *Revista Bifurcaciones* N° 10.
- Jirón, P., C. Lange & M. Bertrand (2010). Exclusion y desigualdad espacial: Retrato desde la movilidad cotidiana. *Revista INVI*, 25 (68).
- Jirón, P., W. Imilan & L. Iturra (2016). Relearning to travel in Santiago: the importance of mobile place-making and travelling know-how. *Cultural Geographies*.
- Lefebvre, Henri (1991). *Critique of everyday life. Volume One*. London: Verso.
- Massey, Doreen (1994). *Space, Place and Gender*. Cambridge: Polity Press.
- Massey, Doreen (1995). The Conceptualization of Place. En D. Massey and P. Jess. *A Place in the World? Places, Cultures and Globalization*. New York: Oxford University Press and The Open University.
- Massey, Doreen (2005). *For Space*. London: Sage Publications Ltd.
- Massey, Doreen (2007). *World city*. Cambridge: Polity Press.
- McDowell, Linda (1999). *Gender, Identity and Place. Understanding Feminist Geographies*. Cambridge: Polity Press.
- Sheller, M. & J. Urry (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning*, A 38.
- Urry, J. (2007). *Mobilities*. Cambridge: Polity.